

*HISTORIA DEL TAHUANTINSUYU*. María Rostworowski de Diez Canseco. Instituto de Estudios Peruanos (IEP) – Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONCYTEC). Lima. 1988. 332 páginas. (1)

El libro de María Rostworowski ha sido largamente esperado por muchos de nosotros. Felizmente se superaron las demoras de la edición, y tenemos ahora entre manos este libro de pulcra presentación, que es muy bienvenido.

Y lo es en primer lugar por ser una gran síntesis de todo lo que se sabe hasta ahora sobre el Tawantinsuyu, y también de lo que no se sabe, pues uno de los méritos del trabajo es señalar sin ambages ni temores los vacíos y dudas en el conocimiento alcanzado a la fecha.

Esta obra de síntesis recoge lo más avanzado de la investigación de los especialistas en el tema (en arqueología, en historia, en etnohistoria, en antropología), para incorporarlo dentro de una visión personal que lo reelabora de manera estructurada y coherente, incluyendo en este proceso los propios trabajos e investigaciones anteriores de la autora.

Por estas características, es un libro que tiene la rara virtud de poseer un gran valor científico siendo a la vez obra de divulgación. Como tal, debería ser leído por todo maestro peruano, y en general por todo peruano.

María cumple acá a cabalidad con un doble propósito que debería ser el de todo investigador: avanza en la comprensión científica de la realidad, a la par que contribuye a la formación de la conciencia nacional.

---

(1) La presente reseña es la reproducción del comentario de Juan Ansión en el panel de presentación del libro al público.

Además, tiene el gran mérito de hacer de conocimiento público su método, de manera sencilla y muy viva. Entre tantos otros ejemplos que se podrían tomar, es particularmente interesante su crítica de Garcilaso de la Vega como fuente histórica. Según ella, el inca Garcilaso no deforma la verdad por muy español o por olvidadizo, sino al contrario por muy andino: al pescarle las mentiras, la autora muestra que el cronista presenta la “historia” oficial de su propia *panaca* en contraposición a otras *panaca* del Cusco.

Personalmente, encuentro bastante atractiva la explicación de la expansión del Tawantinsuyu a partir del desarrollo de sus propias contradicciones. “Fueron las mismas instituciones que en los inicios permitieron el desarrollo del Estado Inca las que le dieron una gran fragilidad”. Dentro de ese proceso, el principio de la reciprocidad es fundamental. “El sistema de la reciprocidad evitó en la mayoría de los casos los enfrentamientos militares. Sin embargo este método trajo consecuencias no previstas”. El Estado se veía presionado a dar continuas dádivas a los señores de diversas categorías y a los innumerables jefes militares. “Para la economía inca, la reciprocidad fue como una vorágine perpetua cuyo paliativo de nuevas conquistas y anexiones territoriales traían como resultado una creciente necesidad de aumentar ‘ruegos’ y ‘dones’ ”.

Así, María señala con precisión cuál es la dinámica contradictoria de la expansión inca. Es interesante que sin recurrir a un instrumental conceptual marxista (al menos de manera explícita), sin entrar en la vieja discusión sobre los modos de producción, logre una explicación profundamente dialéctica del proceso.

Uno de los aspectos particularmente bien estudiados es el del problema de las sucesiones de los incas, y la importancia de las *panaca*. María retoma otros trabajos suyos anteriores, por ejemplo cuando analiza la guerra de los chancas, pero, lamentablemente, deja de lado avances que había logrado en su publicación con Max Hernández, donde señalaba el carácter femenino del viejo inca Huiracocha y de su heredero Urco, frente a la virilidad guerrera de Cusi Yupanqui, el futuro Pachacutec. Ahora bien, esta vez se emite una hipótesis arriesgada sobre el origen del nombre de Pachacutec (p. 59, 60), dejando de lado la idea del vuelco del mundo que significa para un pueblo en el que el gobierno es buena administración y astucia, volverse fundamentalmente guerrero. Creo que en la conciencia inca posterior, que aparece a través de los cronistas, la explicación del éxito sobre los chancas está en la capacidad de los gobernantes, frente al peligro chanca, de aprender de ellos el arte de la guerra, sin abandonar su antiguo arte de gobernar con los poderes de la hechicería y con el uso de ardidés, propios de las mujeres. Esto se refleja en el hecho de que el viejo dios Huiracocha —andrógino— se ve sólo desplazado, y

no destruido, por el dios sol que acompaña la expansión. Tal vez la victoria de los incas sobre los chancas, y su posterior expansión, se deba en efecto, tal como los mismos incas lo pudieron comprender, a la superioridad que les daba el incorporar las artes guerreras combinadas con su antigua arte de gobernar por otros medios. Sería la versión andina de un Maquiavelo que requería para los príncipes la fuerza de los leones junto con la astucia de los zorros.

Encuentro en el trabajo un material de base para una excelente antropología política, aún cuando éste no es el propósito directo del libro. Sin embargo, encuentro aquí un límite del texto, que no le resta nada de los amplios méritos señalados. Hay una actitud inicial correcta, que es la de toda la antropología moderna: estudiemos lo andino desde lo andino, tratemos de entender su lógica propia, desconfiando del etnocentrismo de los cronistas españoles que vieron la realidad andina desde sus propias categorías, y por ejemplo no entendieron las lógicas de herencia.

Pero en el trabajo científico, necesitamos también conceptos generales, que nos permitan comparar realidades. Por eso, María Rostworowski habla del *Estado* inca, que es un concepto moderno, y tiene razón en hacerlo. Sin embargo, desecha el concepto de *imperio* para subrayar la originalidad del caso inca. Esto lo entiendo como actitud sanamente provocadora, que busca desbaratar mitos, objetivo que la obra cumple a plenitud. Sin embargo entonces no sabemos cómo nombrar aquella realidad de un Estado expansionista que llega a abarcar un territorio que alcanza los confines de una determinada civilización. Y nos limitamos de antemano en la posibilidad de hacer la teoría general —por comparación— de estos desarrollos históricos, hecho paradójico con un trabajo como éste que es una invitación muy sugerente y muy rica a la comparación con los casos de la China, o de Europa, o también, para tomar un solo ejemplo, con la expansión relámpago de los Zulúes en el sur de Africa, que, por haber sido una expansión basada en la guerra y en el establecimiento de relaciones basadas en la generosidad del soberano, tiene una serie de puntos en común con el caso de los Incas (sin que haya posibilidad ninguna, desde luego, de reducir un caso al otro).

Me parece fundamental también el trabajo porque nos ofrece una impresionante visión de conjunto, no sólo del Tawantinsuyu, sino, a través del Tawantinsuyu, del mundo andino en su conjunto, que nos aparece de manera muy viva. Un trabajo así es fundamental para la discusión de hoy, cuando se viene afirmando —como lo hacen algunos aquí mismo en el Instituto de Estudios Peruanos— que lo andino ya no existe.

Esa lógica de poder basada en los conflictos entre *panaca* que María describe tan bien, ¿acaso no la volvemos a encontrar en los movimientos po-

líticos modernos? Las relaciones de poder en las que se espera lealtad de unos y generosidad de otros, ¿no son una de las bases de la actual corrupción dentro del aparato del Estado y en toda la sociedad? Cuando la gente campesina espera del Estado la llamada ayuda alimenticia para desarrollar sus trabajos ¿no están actuando de acuerdo a antiquísimos patrones de relación con el Estado? Y cuando las comunidades campesinas dan a las escuelas tierras para su mantenimiento, con personas que se turnan en la Asociación de Padres de Familia como en cargos para atender las necesidades de la escuela, ¿no se puede ver ahí la continuación de una lógica presente ya en el Tawantinsuyu y desde mucho antes, como lo remarca la autora?

Otro punto importante, entre tantos, es el del uso político que hacían los incas de la diversidad cultural: cómo los *mitmaq* tenían que conservar su vestimenta para ser identificados. Fuerza del incario que era también su debilidad.

La pregunta final es: Para los que creemos ser occidentales, ¿hasta qué punto los españoles y criollos no se asimilaron también a lo andino? ¿Hasta qué punto por ejemplo las divisiones culturales vigentes en la colonia y hasta la actualidad no sólo respondieron a la imposición colonial, sino pudieron funcionar también porque tenían a su vez profundas raíces andinas?

Juan Ansión